



Las palmeras del desierto

el Djerjura, junto á Teniet-el-Had, al Sud de Miliana. ¡Qué subido contraste ofrecen aquellos magníficos bosques, con las mesetas que, en variadas ondulaciones, conducen al Atlas desde las estribaciones que arrancan de la llanura! Aquellos cedros tienen una forma piramidal; pero cuando descuellan sobre los árboles vecinos ó de las rocas que les protegen, una ráfaga del huracán, el fuego del cielo, tronchan la aguda flecha de su orgullosa vegetación, entonces, el árbol, despojado de su corona, extiende sus ramas, que forman capas tupi-

das de verdura sobrepuestas, robando la luz y el aire al viajero que atraviesa bajo aquellas bóvedas de ramaje. Desde lo alto de la montaña el espectáculo es aún más grandioso; estas capas horizontales semejan á las alfombras de verde sombrío ó de un color oscuro como el del agua, sembrada de conos ovoides y violáceos, y la mirada se pierde en abismos insondables de verdura, en el fondo de los que murmuran torrentes invisibles.

Á menudo, un grupo aislado de vegetación atrae las miradas del viajero: y se halla éste, no en presencia de muchos árboles, sino ante un solo tronco, cortado quizás por los romanos ó los primeros conquistadores árabes, de cuyas viejas raíces han brotado ramas enormes, y aquellos grandes abanicos de verdura sombrean de lejos aquel terreno abrupto. Los cedros del África no han sido estudiados por los artistas que derrochan su talento en reproducir pobres árboles de Europa; mientras que los seculares cedros viven y mueren ignorados en las gargantas del Atlas, y su belleza sólo es saboreada por los raros viajeros que se aventuran á visitar aquellos sitios.

Espléndidos cuadros podríamos trazar de la escena donde se desarrollan las cacerías del león; las soledades del desierto, sublimes como la inmensidad; los bosques apenas hollados por la planta humana, con sus rugosidades, tajos y cimas; sembrados de cactus, con todas las variantes del verde; aquellas rocas doradas por el ardoroso Sol, testimonio de los cataclismos de la costra terrestre, formando caprichosos grupos; pero comprendemos la impaciencia del lector para llegar á la

narración de la caza del león, llena de grandísimo interés y de peripecias conmovedoras, y por ello no nos entretenemos en la descripción de la fauna y flora africanas.

El orden lógico y el carácter de este libro, verdadera enciclopedia venatoria, exige que, antes de estampar nuestros propios juicios y observaciones acerca de la caza del león, demos á conocer lo que sobre el *Señor de las selvas*, como le apellidan los árabes, han escrito los más célebres cazadores de leones; será una intere-

sante información de testigos abonados, que han oído más de una vez los espantosos rugidos de la fiera en las fragosidades de las selvas africanas, y han expuesto su vida, y luchado cuerpo á cuerpo con aquella terrible y feroz alimaña.

Julio Gerard, cuyo nombre es hoy popular merced á la publicación de sus narraciones, merece privilegiado sitio en el cuadro de honor venatorio. Aquel valeroso oficial, cuya biografía leerán nuestros lectores en el capítulo consignado á los cazadores célebres, peleó con denuedo y singular valor con los leones, siendo la providencia de los adueros árabes, defendiendo sus vidas, y limpiando gran parte de aquellos territorios de feroces animales, que destrozaban el ganado y sembraban por doquier el terror.

II

«Existen en Argel,—dice Gerard,—tres clases de leones: el negro (*adrea*), el leonado (*astar*) y el gris (*zanzuri*). El león negro, más raro que los otros, es algo menos grande, más fuerte de la cabeza y de los jarretes. El color de su piel es idéntico al de los caballos bayos; la anchura de su frente un codo, la longitud de su cuerpo, desde su nariz á la cola, cinco codos. En su peso varía entre 275 á 300 kilos. Los árabes temen más este león que los otros, y tienen razón.

El león negro no es aventurero ni aficionado á los viajes y correrías, como el leonado y el gris. Cuando halla una buena guarida, permanece en ella por largo tiempo. Rara vez baja á la llanura para atacar á los adueros; pero, en cambio, aprovecha las tinieblas de la noche para ir á acechar á los rebaños de bueyes, y mata cuatro ó cinco para chupar su sangre. Durante el verano, cuando los días son largos, abandona su guarida al ponerse el sol, y se aposta en los lindes de un sendero, para aguardar al jinete ó al viajero.

Conozco á un árabe, que, en uno de estos desagradables encuentros, echó pie á tierra, desensilló su montura, y huyó, llevando sobre su cabeza el arnés de su caballo, que fué devorado por el león. Pero las cosas no pasan siempre de tan grata manera.

El león de piel amarilla leonado y el gris sólo se diferencian en el color de la crin; y son un poco mayores, aunque menós forzudos que el negro.

La existencia del león se divide en dos partes, que forman, por decirlo así, dos ejemplares distintos de una misma especie; lo que ha inducido á gravísimos errores. El león no es el mismo de día que durante la noche.

Cuando alumbran los ardorosos rayos del sol africano, suele la fiera retirarse bajo las frondosas bóvedas del follaje de los bosques, lejos del ruido, para digerir y dormir á su sabor.

Hase dicho que el león no ataca al hombre durante el día; y se ha citado el caso de que un hombre hallóse impunemente frente á frente de un león. Este ejemplo es de escaso fundamento, quizás porque el animal, lleno de sopor, haría una pesada digestión. El león no mata por el placer de matar, pero sí para vivir y defenderse de los ataques.

En un territorio como el argelino, donde pacen abundosos rebaños de toda especie, el león tiene diaria presa con que satisfacer su voracidad. Los indígenas, que saben esto, permanecen quedos en sus tiendas, chozas ó adueros, durante las horas en que el león abandona su guarida; y si se ven forzados á viajar de noche, raras veces van solos y á pie.

Hé observado señales de indiferencia en todos los leones que he visto por la tarde: en cambio, los he visto trocados en muy fieros y hostiles durante la noche.

Tengo plena seguridad de que un hombre sólo se halla perdido si encuentra al león de noche; así es que, así que se pone el sol, jamás abandona la tienda sin ir bien armado y tomando toda suerte de precauciones.

El rugido consiste en una docena de sonidos que empiezan por unos suspiros, van en *crescendo* y acaban como habían comenzado, con intervalos de algunos segundos entre sonido y sonido. El león alterna en estos rugidos con la leona.

Caminan así rugiendo cada cuarto de hora, hasta el instante que se acercan al aduar que quieren atacar. Cuando las fieras han saciado su voracidad, entonces comienzan á rugir hasta que alborea. El león célibe, aislado, ruge también al despertar, y á menudo suele llegar hasta los adueros, lanzando estrepitosos rugidos.

Durante la época de los fuertes calores, el león ruge menos, y algunas veces enmudece; pero en la época del celo ruge casi sin cesar.

Alguien me preguntó neciamente un día: «¿por qué el león ruge?» Yo le contesté: «en mi concepto el rugido es para el león lo que el canto para el pájaro. Si semejante definición no os satisface, permaneced algunos años en compañía de aquella feroz alimaña, y quizás hallaréis otra mejor.» (1)

(1) Los árabes, cuya lengua es rica en comparaciones, expresan el rugido del león por la palabra *rad* (trueno).



ATISBANDO EL PASO DE LAS CARAVANAS